CAPITULO V

LA ESCULTURA ROMANA

Lo que hemos dicho de la pintura en Roma puede decirse de la escultura. Vencida y conquistada, reducida al estado de simple provincia de la república, despues del imperio, Grecia fué sin embargo la institutriz de Roma, sus hijos le llevaron todas las artes y las cultivaron allí. Acabamos de ver que los famosos grupos del Laoconte y del *Toro de Farnesio* fueron hechos, aunque despues de la conquista romana, en Grecia y por Griegos. Ciceron, Plinio, Quintiliano, Pausanias nos han trasmitido los nombres de todos los grandes estatuarios del Helade; no citan uno solo que sea de Roma. Imitadores de sus asuntos, los Romanos permanecieron en las artes como en las letras, como en todas las cosas, mas apegados á lo real que celosos del ideal, mas cerca de la tierra y mas lejos del cielo. Asi, ya sea por ellos mismos, ya por los Griegos venidos á Roma y reducidos al papel de artesanos, no hicieron casi mas obras de escultura que las imágenes de sus Césares deificados ó de las

impuras esposas de sus Césares, ó de los favoritos del palacio imperial. La industria sustituyéndose al arte, fabricaba de antemano estatuas de emperadores y emperatrices, á las cuales se adaptaban cabezas segun la necesidad y los cambios de reinado. De esta manera en Roma, las *estatuæ iconicæ* fueron mas numerosas que en Grecia : esta clase de homenaje público que se rendia en la capital del mundo á la familia del emperador reinante, se rendia tambien en las provincias á los procónsules, los pretores y á las poderosas familias patricias, que contaban ciudades entre sus clientes : testigos las nueve estatuas de los Balbos halladas en el teatro de Herculano. Limitémonos pues á buscar entre las grandes colecciones del arte, las de las grandes obras de la época romana que sean mas dignas de mencionarse. Empecemos por Italia y Florencia.

El museo *degl'Uffizj* posee una coleccion llamada de los emperadores romanos, que se tenia generalmente por la mas completa que hay en el mundo. Alli se encuentran en efecto algunos bustos extremadamente raros, tales como los de Calígula y de Oton. Se cuentan, tanto de hombres como de mujeres y niños, setenta y nueve, desde Pompeyo, algo asombrado sin duda de verse colocado entre los emperadores, y Cesar, que comienza legítimamente la serie, hasta Constantino y aun hasta Quintilio que reinó veinte dias. Las estatuas romanas son menos numerosas; solo se puede citar un *Augusto* arengando, un *Trajano* y un *Adriano*.

En Roma no es en el Vaticano sino en el Capitolio donde se deben buscar las reliquias del antiguo arte nacional. Los Romanos modernos, que han en parte derribado el Coliseo, que han llamado al antiguo Foro la Feria de las vacas (*Campo Vaccino*) y que

plantan alcachofas en la roca Tarpeya, no han respetado siquiera aquel gran nombre del Capitolio que debia dominar para siempre la ciudad eterna. Han hechode él un nombre extraño, Campidoglio, que indica mas bien un campo de colza, un campo de aceite (*campi d'oglio*), que no la fortaleza de Roma naciente, convertida en el templo donde los generales de la Roma conquistadora, iban á cantar su *Te Deum* despues de la victoria, en las pomposas ceremonias del triunfo. Por la escalimata de dos ramales de Miguel Angel se sube al nuevo Capitolio, entre los dos leones negros de Egipto, las dos estatuas colosales de Castor y Polux, y lo que llaman los dos trofeos de Mario; despues se inclina la frente al pasar delante de la estatua ecuestre de bronce de Marco Aurelio, cuya noble cabeza ha conservado sus dorados antiguos y se entra ya en el museo. Allí se encuentra otra sala de los emperadores; una *Agripina* de Germánico, sentada, que se puede citar cómo un modelo de las damas romanas de su época, un *Antinoo*, la mas bella de las estatuas consagradas á aquel amigo fiel de Adriano; por último, una estatua de César, colocada bajo el pórtico del palacio, es, segun dicen, el solo retrato auténtico del fundador del imperio que ha conservado la Roma de los Papas. El proverbio que dice : « Bien está el santo en su iglesia, » encontraria que César está bien en el Capitolio, cerca de una hermosa estatua de *Roma Triunfante*, sentada entre dos reyes cautivos y no lejos de la famosa *Loba* etrusca, venerada ya por los antiguos Romanos, que Ciceron celebró como poeta y orador, en los versos sobre su consulado y en sus *Catilinarias*.

En Nápoles encontramos las nueve estatuas de la familia Balbo, ya citadas, — el padre, la madre, el

hijo y las tres hijas, — encontradas juntas en el teatro de Herculano, ciudad cuyo protectorado tenía esta familia. Tres hay, una de ellas ecuestre, del procónsul

Fig. 41. — Agripina de Germánico. (Roma.)

Marco Nonío Balbo. Esta última y la estatua igualmente ecuestre de su hijo son muy bellas, muy curiosas. Los dos caballos van al paso de andadura, es

decir, que levantan al trotar las dos piernas del mismo lado; circunstancia singular y que no se halla creo yo en ninguna estatua ecuestre de la antigüedad ni de los tiempos modernos. A la de Balbo hijo, que se hallaba

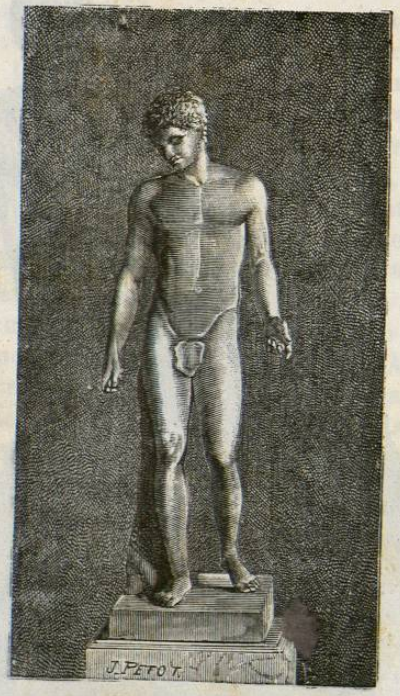

Fig. 42. — Antinoo. (Roma.)

entonces en Portici, le rompió la cabeza, en 1799, una bala francesa; se le ha hecho una nueva cabeza copiando los pedazos de la antigua. De las estatuas de la misma familia, las mejores son las de Balbo padre y de Ciria, su mujer, vestida de Polimnia.

Hemos debido citarlas, primero porque tienen la mayor parte de ellas un gran mérito de ejecucion, y tambien porque su reunion las hace mas curiosas, y porque colocadas como divinidades tutelares en el teatro de una ciudad bastante importante, dan bien á conocer la alta posicion que ocupaban entonces las familias patricias, que contaban entre sus clientes poblaciones enteras.

Sin tener la serie casi completa de los emperadores romanos, como los *Oficios* de Florencia, el Louvre posee una coleccion muy rica aumentada con algunos personajes no menos célebres, aunque no ocuparon jamas el trono. Las salas que contienen sus *icones* están presididas en cierto modo por dos estatuas principales, á las cuales ha valido este honor el nombre imponente que llevan y la belleza superior del trabajo. La una es un *Augusto*, la otra un *Marco-Aurelio*. César deberia ser el jefe de todos esos señores del mundo que, mientras duró el imperio, conservaron por título su nombre, que pasó despues á los emperadores de Alemania (*Kaiser*); pero la única estatua de Cesar que posee el Louvre, muy dudosa por una parte, tiene escasísimo valor artístico; por consiguiente se le ha preferido la de su sucesor inmediato. Esta hermosa estatua de *Augusto*, en pié y arengando, se encontró cerca de Velletri (*Velitræ*), patria del vencedor de Accio : parece decir con orgullo : « He hallado una Roma de ladrillos y os la dejo de mármol; » lo que sin embargo nunca podria justificar los crímenes de su elevacion al poder soberano. Si el tercer César, Tiberio, no tuviera un nombre manchado de sangre y de desórdenes, infamado por Tácito, á su estatua le habría pertenecido el primer puesto. Hallada en Capri (*Capreæ*), estancia preferida de aquel tirano desconfiado, á quien representa llevando el pequeño cetro

llamado *scipion* (baston), se la puede considerar como una de las mas hermosas obras de la época imperial; ofrece un modelo acabado de la toga, aquel hermoso traje de que los Romanos estaban tan orgullosos, que les hacia llamar en el resto del mundo *gens togata*, y cuyo uso se perdió poco despues, á pesar de los edictos de los emperadores.

Marco Aurelio es el extremo opuesto de Tiberio; realizó el dicho de Platon: « Los hombres no serán felices hasta que no estén gobernados por los filósofos; » es la filosofia sobre el trono, es Sócrates coronado. Con razon se ha dado el otro puesto de honor á una de las dos estatuas que le representan; aqui, llevando el traje militar, el *paludamentum*, y la coraza de cuero labrado, ajustándose á las formas del cuerpo; alli, desnudo á la manera de los héroes y de los dioses. Es probable que esta última estatua no le fué erigida hasta despues de su muerte, cuando las iniquidades de su digno sucesor aumentaban el sentimiento del universo. En ambas estatuas lleva Marco Aurelio la barba, que los Antoninos habian vuelto á poner en moda, despues de cuatro siglos de interrupcion, desde el viejo Scipion (*Barbatus*) abuelo del primer Africano.

Busquemos entre las otras estatuas imperiales: una *Livia*, mujer de Augusto, en traje de Ceres, cuya túnica es tan digna de estudio como la toga de Tiberio; — una *Julia*, hija de Augusto, vestida de Ceres como su madrasta; las manos y muchas veces los brazos de las estatuas antiguas estaban casi siempre pegados; es una gran suerte hallar la mano izquierda conservada en esta imágen de la esposa sucesiva, siempre infame, de Marcelio, de Agripa y de Tiberio; — un *Calígula* ó mejor dicho una cabeza de Calígula sobre un cuerpo diferente del suyo, pues no está calzado con la simple suela con correas (*caliga*), que llevaba desde la infancia en el campo de su padre Germánico, de donde le vino su apodo; pero esta cabeza es preciosa por ser extremadamente rara; se sabe que apenas la espada de Quereas libertó á la tierra del loco furioso que deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una sola cabeza para cortarla de un solo tajo, ese pueblo (que sobrevive siempre á sus señores) derriba y destruye todas sus imágenes; — un *Neron vencedor*, no de la conspiracion de Pison, ó de la de Vindex, sino vencedor en las carreras del carro ó en el concurso de la cítara y la flauta. No por eso deja de estar en el traje heroico, la desnudez y lleva sobre su cabeza la diadema, no de los reyes, sino de los atletas victoriosos. En este bello y apacible rostro que el artista ha dado al hijo de Agripina ¿ quién podria reconocer al asesino de su hermano, de su madre, de su mujer, de Séneca, de Lucano y de tantos otros, al incendiario de Roma y al verdadero verdugo de los cristianos? — Un *Tito* copiado sin duda cuando volvia del saco de Jerusalen, antes de ser el príncipe pacífico y bienhechor á quien llamaron *deliciæ generis humani*. Está en efecto en la actitud del general que dirige á sus tropas el *adlocutio* militar: su armadura es notable por las *ocreæ* (las *cnémides* de los Griegos) que le cubren la pierna desde el empeine á la rodilla, asi como por la espada ancha y corta suspendida á un tahali. — Un *Trajano*, aquel grande y noble emperador, del que Plinio el Jóven y Montesquieu escribieron el panegérico á diez y siete siglos de distancia; vencedor de los Dacios y de los Partos, lleva en su coraza una Isis en vez de la Medusa, y anda descalzo, segun su costumbre, en la guerra. — Por último, un *Pupiano* (ó *Máximo*) casi desnudo como lo exige el

traje heróico. Esta última estatua ofrece un interés muy especial, porque se puede decir que despues de la muerte de Pupiano, asesinado en 236 por las guardias pretorianas, el arte antiguo ya no ha vuelto á producir una sola obra que tenga el carácter que damos á esta palabra.

Entre las estatuas icónicas que no son figuras imperiales : un *Tiridato* á quien Neron dió el reino de Armenia y á quien recibió en Roma con una pompa enteramente oriental. Esta figura es muy notable por su traje asiático, la *candys* de púrpura sobre la túnica blanca, los pantalones llamados *anaxyrides* y la *samphera* ó espada de los Partos; — dos Antinoos. Sabido es que este hermoso favorito de Adriano perdió la vida salvando la de su amo, que se ahogaba en el Nilo : inconsolable con su pérdida, el emperador le hizo dios, « aquel dios de mas, dice Chateaubriand, que dejaba á los Romanos, dignos de tal don. » Era justamente la época en que los artistas romanos (ó si se quiere de la Grecia romana), procuraban reanimar el arte en la imitacion, iban á pedir á la antigua Grecia, á la antigua Etruria, y hasta al antiguo Egipto, una nueva juventud para la estatuaria exhausta. El hermoso adolescente de Bitinia llegó á ser su comun modelo; hicieron de él un nuevo Apolo, un nuevo tipo de la hermosura del hombre. De las dos estatuas del Louvre, la una le representa en figura de Hércules; pero probablemente no tiene mas que la cabeza de Antinoo sobre el cuerpo de Cómodo : la otra de Aristeo, el héroe tesalio, cuando llegó á ser dios de las abejas, de los rebaños y de los olivos. En esta, de una conservacion perfecta, Antinoo tiene el traje de un pastor, el *petaso* ó sombrero de paja, la media túnica que deja el brazo derecho libre y las botas de cuero flexible llamadas *perones*.

Entre los bustos romanos citaremos rápidamente y por órden cronológico : un *Agripa*, excelente imágen del verdadero vencedor de Accio; — un *Domicio Corbulon*, otra excelente imágen de aquel grande y severo general á quien Neron no perdonó el haber llevado á los campamentos el honor y la virtud de Roma , á la cual expantaban los crímenes de los Césares; un Neron, en que este último vástago de la detestable raza de Augusto, está representado con la corona sideral de ocho rayos ; — un *Domiciano*, cuyos retratos son tan raros como los de Calígula, pues el senado proscribió hasta su memoria ; — un *Antinoo* colosal, en figura de Osiris, que llevó en otro tiempo sobre su cabeza el *loto*, la planta sagrada de Egipto, en sus párpados ojos de piedras finas, y en sus hombros ropajes de bronce dorado ; — un *Lucio Vero*, delicada y preciosa imágen del hermano adoptivo de Marco Aurelio, de ese tipo afeminado de los petimetres romanos, que se empolvaban la barba y los cabellos con polvos de oro; un Septimio Severo, vestido con el antiguo manto de tegido tupido, llamado *læna* por los Romanos, χλοενη, por los Griegos, que Homero menciona y el cual, por los cambios de las modas antiguas, concluyó por reemplazar la toga; — un *Caracalla* y un *Geta*, aquellos hermanos un momento asociados en el trono imperial, antes de que el uno asesinara al otro. Se reconoce á Caracalla, no solo en su mirada feroz, sino tambien en el movimiento de la cabeza que inclinaba al lado izquierdo para darse aires de Alejandro Magno; en seguida una *Plautilla*, mujer del aquel monstruo insensato; una *Matidia*, la amable y virtuosa sobrina de Trajano; una *Faustina la madre*, mujer del primer Antonino; una *Faustina la jóven* , la impúdica esposa de Marco Aurelio, nos muestran los extraños

peinados que se ponian las damas romanas del imperio, reemplazando con ellos la sencillez con que las damas griegas recogian los cabellos tan graciosamente sobre la cabeza con cintas de colores : aquellos tocados eran grandes y pesadas pelucas, llamadas *cascos* (*galerus* ó *galericus*) á las cuales se daba toda clase de formas extrañas, ridiculas, increibles y que se hacian habitualmente con cabelleras rojas traidas de Germania. Hay bustos-retratos de esa época á los cuales, para mayor fidelidad, la peluca, hecha de piedra de color, podia quitarse, ponerse y cambiarse á voluntad.

Por último, entre los bajo-relieves hechos en Roma y que fueron casi todos adornos exteriores de ricos sarcófagos, designaremos con preferencia : dos de aquellos sacrificios solemnes, que se hacian cada cinco años en cada barrio de la ciudad eterna y que se denominaban *suovetaurilia*, porque el magistrado hacia inmolar por los *victimarios* un cerdo (*sus*), una oveja (*ovis*) y un toro (*taurus*); el uno, mayor y más tosco, indica mejor tados los detalles del sacrificio; el otro, mas pequeño, es de una ejecucion mas delicada; el uno gustará mas á los anticuarios, el otro á los artistas; — una *Conclamacion*, ceremonia de los funerales, en la cual se llamaba al muerto con grandes gritos, al ruido de instrumentos guerreros, para asegurarse de que en efecto habia dejado de existir. Se ve en ese bajo relieve la trompeta derecha de la infanteria romana (*tuba*) y la trompeta recorvada de la caballeria (*lituus*). — Los *soldados pretorianos*, á quienes se dirigía, quizás, una *adlocutio*. En este gran bajo relieve se puede estudiar utilmente todo el traje de los soldados romanos, su largo y oval escudo, su coraza ajustada al pecho, su corta, ancha y pesada espada, que tan terribles tajos descargaba en

las luchas cuerpo á cuerpo. El cinturon lleva sobre su escudo un rayo alado, emblema indicando que pertenecia á la famosa duodécima legion, llamada *legio fulminans*.

A propósito de estas estatuas icónicas griegas ó romanas, séame permitido hacer una última observacion, que se puede aplicar á las obras de nuestros dias, cual es que en casi todos esos retratos de mármol, las niñas de los ojos están figuradas, algunas veces, hasta con esmaltes. Si recuerdo esta circunstancia y añado que Donatello, Miguel Angel y los grandes artistas de su época ponian niñas en los ojos de sus estatuas, es por que no quisiera oir mas á los estatuarios de nuestros dias, que se dispensan de dar hasta á sus mismos retratos, este complemento necesario de una cabeza humana, invocar el *honor del arte* y el ejemplo de los antiguos; lo que yo desearia por el contrario es que imitasen á los antiguos, en eso á lo menos, y á su contemporáneo Houdon, el cual, — despues de Coysevox, los Coustou, Girardon y Pigale, — ha hecho dos admirables retratos de mármol, *Voltaire* y *Molière*, porque ha sabido darles la mirada sin la cual ni hay vida ni parecido.